

□ ALCALA/Cursos de verano

UVE

A vueltas con la poesía

Creadores de varias generaciones debatieron sobre su significado

¿Qué es poesía? se preguntaba Bécquer en un verso manoseado. Y afirmaba en otro menos desgastado: «Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía». Nueve poetas han dado fe la pasada semana en la Universidad de Alcalá de la existencia de unos y otra.

ANGEL VIVAS

LOS participantes se preguntaron, de paso, por la esencia de la poesía, por sus perspectivas en este fin de siglo. Poetas de los años cincuenta como Claudio Rodríguez, director del curso, José Agustín Goytisolo o Antonio Gamoneda; de los llamados novísimos, como Diego Jesús Jiménez, Luis Alberto de Cuenca o Jaime Siles; o de las últimas hornadas, como Alvaro Valverde, Mar García Lozano o Luisa Castro.

«La mía —constató Luis Alberto de Cuenca— suele gustarle a gente alejada de los medios poéticos o que imagina la poesía como un asunto de señoras cursis y de tarados».

Su ponencia se titulaba significativamente «La brisa de la ciudad», y contenía una suerte de «teoría del poeta miope», según la cual éste sería aquel poeta capaz de ver sólo las grandes pasiones (el amor, el odio, la traición, la amistad) del mismo modo que los míopes sólo ven las letras grandes en la consulta del oculista.

De Cuenca vino a definirse como un poeta en la calle, la calle de la ciudad con sus cafeterías, sus cines, sus taxis y sus semáforos. Semáforos, donde encontrarse con Jaime Siles y hablar de chicas o de la crisis del Real Madrid y no de asuntos poéticos. En una palabra, rechazo del malditismo y de la idea romántica del artista: un pelmazo que necesita tener a la gente alrededor y pendiente de él; y reivindicación de la tradición y de la claridad y la sinceridad como valores poéticos.

Si De Cuenca bajó la poesía de las alturas a la calle, Diego Jesús Jiménez se comparó con un albañil de su pueblo para explicar su relación con la poesía. Aquel albañil se quedó encerrado en el corral que

acababa de construir y tuvo que hacer la puerta para poder salir, y Diego Jesús Jiménez se quedó dentro del primer poema que escribió. «Y tuve que hacer otro, y para salir de éste, otro, y luego otro... y hasta ahora. Quizá alguna vez es posible que consiguiera salir del poema; si así fue, no fui consciente; los límites de la realidad y de la imaginación habían quedado borrados».

No tienen respuesta muchas de las preguntas que se hacen a propósito de la poesía. Mar García Lozano se preguntó por el momento del canto para concluir «de nunca es el canto, de nunca»; y Antonio Gamoneda trajo a colación una cita de Aristóteles: «El arte que imita sólo con el lenguaje no tiene nombre».

Puesto a levantar etiquetas, Gamoneda combatió la existencia de los géneros, negación que no implica la del valor de la poesía,

entendida ésta en sentido amplio. Lo ejemplificó leyendo un fragmento de *La Celestina*, cuya clasificación como novela o tragicomedia afirmó que le traía sin cuidado. «porque olvidando los géneros y sus cánones, esta lectura intensifica dos minutos de mi vida a causa de una virtud del lenguaje, de su lenguaje, que es perfectamente intrínseca y que la Lingüística, que yo sepa, no ha subrayado bien. Consiste en una particular enjundia de la palabra que se hace sensible precisamente por la corporeidad musical del discurso. Es, por tanto, algo sutilmente físico. Yo, en casos como éste, no sólo comprendo intelectualmente la significación, sino que la siento: la significación es placer».

En cuanto al fondo, Luisa Castro recordó que la creación poética surge de un choque de fuerzas dentro del poeta, «la vieja paradoja que convierte al amado en enemigo y

al amante en batallador. La creación corre pareja a la destrucción, el amor a la muerte. En mi obra, amor y destrucción son dos caras de una misma moneda, la cara de la sumisión y de la humildad ante la grandeza de la vida».

José Agustín Goytisolo que reincidió en la poesía como una actividad «lujosa y gozosa, porque no da dinero. Y esto me gusta. Me molestaría que la poesía estuviera dependiendo de las leyes del mercado, como ocurre con la novela».

Para el más mayor de los poetas consregados, la diferencia entre un lector y el poeta (u otro creador) no estriba en la sensibilidad, en la capacidad de entusiasmo o la vulnerabilidad ante un texto, sino en la capacidad de transmitir la emoción. Recordó que hay muchos escritores pero pocos saben provocar, conmover al lector. «Si no, no has hecho nada».